

Poner el cuerpo: la configuración narrativa del pícaro como crítica del sistema colonial de la Nueva España en *El Periquillo Sarniento*

Mariana Rosetti
(*Universidad de Buenos Aires*)

RESUMEN

El presente trabajo se propone analizar la novela El Periquillo Sarniento (1816) de Lizardi como un respuesta estética a los cambios históricos acaecidos en la sociedad de la Nueva España en los albores de la emancipación del sistema colonial español. Esta obra plantea las vicisitudes y hazañas de un letrado criollo por reposicionarse en un sistema de poder ya vetusto y asfixiante que presenta grietas en su construcción. El accionar de este narrador protagonista es analizado teniendo en cuenta los conceptos de “sujeto colonial” de Rolena Adorno, el de “pensamiento dialógico” de Nancy Vogeley y la “ambigüedad del picaresmo” de Maurice Molho. El objetivo de este estudio es desentrañar la perspectiva novedosa que plantea Lizardi en torno a la utilidad del letrado en una sociedad de cambios tanto políticos como sociales.

Palabras clave: Lizardi - letrado pícaro - “sujeto colonial” - Independencia de México - configuración narrativa

ABSTRACT

The present article aims to analyze the novel El Periquillo Sarniento (1816) by Lizardi as an aesthetic response to historical changes undergone by the society of New Spain at the dawn of emancipation from the Spanish colonial system. The novel expresses the vicissitudes and deeds of a lettered criollo trying to reposition himself in an old-fashioned, suffocating power system with crumbling foundations. The narrator-protagonist's actions are studied in the light of the concepts of “colonial subject” (Rolena Adorno), “dialogic thinking” (Nancy Vogeley) and “the ambiguity of picaresque” (Maurice Molho). Our objective is to unravel Lizardi's innovative perspective regarding the usefulness of the letrado within a society affected by both political and social changes.

Keywords: Lizardi - lettered pícaro - “colonial subject” - Independence of Mexico - narrative configuration

La novela *El Periquillo Sarniento* (1816) es considerada por la crítica literaria como la primera novela hispanoamericana. La misma representa un cuestionamiento al sistema de poder vigente, un desafío a la *ciudad letrada*,¹ es decir, al grupo de funcionarios (tanto abogados, escribanos, médicos, boticarios, jueces) que detentaban y resguardaban el poder colonial.² Al respecto, Doris Sommer señala sobre esta novela de Lizardi “el hecho de que pudo conquistar a un grupo de lectores pequeño, pero heterogéneo [...]” (1993: 28). Sommer excluye esta obra de

¹ “[...] La obra entera del Pensador Mexicano es un cartel de desafío a la *ciudad letrada*, mucho más que a España la Monarquía o la Iglesia, ya que su singularidad estriba en la existencia de un pequeño sector ya educado y alfabetizado que no había logrado introducirse en la corona letrada del Poder aunque ardientemente la codiciaba” (Rama 1984: 59).

² Rama analiza el lugar de privilegio que gozaron ciertos funcionarios por el hecho de “dominar” la escritura y los contactos necesarios con el engranaje de poder colonial. Así, ciertos sectores de la incipiente burguesía criolla (médicos, escribanos, abogados) asumen un lugar privilegiado al ser los portadores de la “facultad escrituraria que era indispensable para la obtención o conservación de los bienes” (Rama 1984: 43).

la lista de novelas “fundacionales” al relacionarla con el fin de una larga tradición picaresca tomada de España:³

[...] además de la prohibición colonial que pesaba sobre las novelas, existió otro motivo que contribuyó también a la aparición relativamente tardía de las novelas románticas: me refiero a su proyecto pacifista. Los romances nacionales hubieran sido política y socialmente prematuros antes de mediados del siglo XIX. (1993: 29)

La idea de lo “prematuro” también se ancla en la perspectiva de Anderson Imbert que establece una filiación impostada entre la picaresca española y el estilo que hace uso Lizardi a la hora de escribir su novela: “Lo cierto es que, de pronto, el género nació en México, robusto y chillando originalidad. Nació parecido a la madre: la novela picaresca. Parecido de rostro [...] Pero el alma de la nueva criatura fue diferente” (1954: 185-186). Tanto Sommer como Anderson Imbert apelan al sintagma estático de la “imaginación colonizada” esgrimido por Jean Franco en su obra *Historia de la literatura hispanoamericana*.⁴ Este concepto coarta toda posibilidad de originalidad y autonomía para las obras escritas dentro de los confines hispanoamericanos en la época colonial. En el análisis que realiza Franco sobre *El Periquillo Sarniento* actualiza esta perspectiva al afirmar que “el héroe es esencialmente una víctima del sistema colonial y su tan tolerante y desorientada familia un exacto símbolo de la administración indulgente y paternalista” (1975: 46-47).

Según la postura antedicha, todas las acciones y proyectos del héroe giran en falso en busca de una oportunidad que no llega o un camino que no logra abrirse para él. Esta perspectiva de análisis es coercitiva y limitante para una obra que, en vez de cerrar caminos, los abre. Al respecto, los análisis críticos de Salomón (1965), Moraña (1997) y Dabove (1999) la confrontan anclados en la tendencia histórico-culturalista. Ellos asimilan el accionar de Periquillo con un recorrido particular que realiza la novela hispanoamericana, considerando a esta narración como una metáfora política del cambio deseado unido a la denuncia de un sistema de poder vetusto y en crisis.

Lo dicho nos lleva a plantear la hipótesis de que la novela está escrita para una “comunidad imaginada” (Anderson 1993) que retoma la dinámica del periódico no solamente por el carácter folletinesco que tuvo esta obra, sino también por estipular un cambio en la concepción del público al cual se dirige. A su vez, Lizardi transforma esta obra en un compilado de historias mínimas, diálogos, sermones y aventuras cotidianas que poseen resabios de problemáticas de las clases sociales más bajas de la sociedad ya trabajados en el *Diario de México* o mismo en sus periódicos *El Pensador Mexicano* (1812-1814) y en *Alacena de Frioleras* (1815-1816). Esta novela liga lo heterogéneo con la autobiografía: aúna los hechos y relatos dispares cual si fueran páginas de un mismo libro de vida. Así, construye una “comunidad imaginada” hecha de fragmentos vistos e hilvanados por un pícaro dentro de un tiempo “vacío” como es el que anuncia el fin de un período y la superposición de otro.⁵ Este “mientras tanto”, que prefigura la novela, configura al protagonista como un “sujeto colonial” (Adorno 1995), es decir, un sujeto que asume una multiplicidad de posiciones de forma diacrónica (a lo largo de los años) que deben ser analizados a la hora de leer esta obra o entidad sincrónica. El narrador-protagonista va enriqueciendo su postura a medida que amplía su punto de vista al mostrarnos distintas historias de vida relacionadas con el contacto beneficioso con el sistema de poder (como es el caso del escribano Chanfaina) como perjudicadas por dicho

³ “adapta la forma picaresca al espíritu ilustrado en un libro que parece marcar el fin de una tradición literaria que iba desde Lazarillo hasta Lesage más que iniciar una nueva” (Sommer 1993: 28).

⁴ “[...] en una sociedad colonizada no siempre es fácil que el talento pueda expresarse. La imaginación está también colonizada, es decir, no puede nutrirse de la experiencia inmediata, sino que tiende a vivir parasitariamente de los derivados de la sociedad metropolitana [...]” (Franco 1975: 19).

⁵ Al respecto, Anderson retoma de Benjamin (*Illuminations*, 1973) el concepto de “tiempo homogéneo, vacío” o simultáneo para explorar la génesis del nacionalismo (1993: 46).

entramado (se destaca en este caso la historia de vida del trapiento Tadeo). El concepto esgrimido por Rolena Adorno nos permite resignificar el accionar de Pedro Sarmiento bajo una perspectiva dinámica. Así, el protagonista se nos muestra como un personaje “en tránsito”, en continuo movimiento por distintas zonas de la *ciudad letrada* (como son la escuela, la oficina del letrado, etc.), como también por zonas marginales de esta ciudad representada en la ficción (como son los “arrastraderitos” o casas de juego) y zonas fronterizas de este lugar de poder (los caminos que conducen a la ciudad, la cueva donde se refugia con los amigos de Enero).

En relación con el concepto de “sujeto colonial”, el presente trabajo se propone analizar la novela de Lizardi como una respuesta estética a los cambios históricos acaecidos en la sociedad de la Nueva España. Por ello, se concentra en la construcción ficcional del narrador como representación metonímica, dialógica, con respecto al lugar de enunciación de un letrado criollo dentro de un sistema de poder ya vetusto y asfixiante. Retoma para estos fines la hipótesis de lectura esgrimida por Nancy Vogeley (1987) que sostiene que el “pensamiento” lizardiano es dialógico y problemático antes que unívoco y uniforme. Así, este trabajo considera la novela de Lizardi dentro de los parámetros de Lukács (1985) y de Bajtin (1991, 1993) sobre el género novela y su conformación dinámica y multiforme desde la perspectiva de un sujeto que se busca dentro de una sociedad que no lo resguarda ni contiene como antes.

La vida como adquisición, la vida como mercancía

La novela de Lizardi se construye en torno a una escena pedagógica de un padre (Pedro Sarmiento) hacia sus hijos mediada por la escritura. Desde el comienzo se plantea como un legado literario, una ficción moralizante. De esta forma, se arma en base a acciones pasadas en las cuales el narrador protagonista es un pícaro que se escapa de las “garras” del trabajo rutinario y cuyo accionar se ve constantemente comentado y criticado por el mismo narrador devenido en padre ejemplar. Cada digresión de Pedro Sarmiento se ve inextricablemente ligada a las “caídas” o yerros que comete su alter-ego joven. No es posible (como han propuesto varios críticos, entre ellos, Anderson Imbert) escindir la narración ficcional de las pausas realizadas por el narrador. De lo contrario, las contradicciones propias del “sujeto colonial” (en nuestro caso, de nuestro narrador protagonista) se transformarían en un relato imposible de actuar como cuestionamiento estético de los problemas políticos y sociales que toman lugar en la Nueva España en el momento en el que escribe Lizardi.

Este relato pedagógico critica duramente la ociosidad tanto de las clases bajas de la sociedad como, y por sobre todo, la liviandad con que encaran el trabajo los criollos pertenecientes a la *ciudad letrada* (Rama 1984). Para este sector el trabajo está conectado a una “imagen de sí” ligada a lo etéreo: el cuerpo letrado debe permanecer exento del contacto con otros cuerpos. La relación de estos hombres con los demás se da sólo a través de la escritura o de la lectura semiótica/ simbólica (vemos de forma clara los ejemplos que otorgan los frailes del convento de San Diego, el escribano Chanfaina, el médico Purgante, etc.). Ellos se erigen como “intérpretes” entre el orden sagrado de la escritura y el cuerpo en pena del hombre. Así, estos letrados se recluyen del contacto con el pueblo y llevan una vida ascética: los escribanos, abogados y jueces interpretan el cuerpo jurídico, los médicos transforman el cuerpo humano en una obra escrita llena de signos y síntomas. El accionar de todos estos hombres se erige como indispensable para “salvar” el cuerpo social, para resguardarlo de la enfermedad, caos o caída. Este rol “guardián” y rector asignado a los hombres letrados los lleva a apartarse de la cotidianeidad del pueblo para anclarse en la letra escrita que representa el poder de la colonia ya anacrónico, sin embargo, para interpretar la vida de los hombres. Al respecto, la novela de Lizardi plantea el dilema de qué hacer con la profusión de conocimientos que poseen en su haber los sabios, cuando dicho privilegio deviene en puro estuche de un cuerpo letrado escindido de la voz del pueblo.

Las digresiones de Pedro Sarmiento contrarrestan el valor negativo del accionar superficial de los letrados. En cada una de sus intervenciones hace uso de una caterva de conocimientos aplicados a situaciones precisas transformando así su saber en una acción performativa: las lecturas de la “escritura sagrada” son tomadas por este narrador como un

manual de instrucciones para llevar una vida honesta y ejemplar. De esta forma, el conocimiento coloca al individuo en el camino correcto solamente si éste puede interpretar los signos como “mojones” en el camino y no como elementos ornamentales.⁶

El accionar paródico de Periquillo Sarmiento se presenta también como una posibilidad frente al saber anacrónico de los letrados. Este personaje desea “portar” las investiduras del letrado colonial. Sin embargo, todas las acciones evaluativas por las cuales pasa le “desgarran” los ropajes superficiales,⁷ le quitan su “máscara social”, que pretende llevar como un estandarte, pero que deviene en una careta carnavalesca. Sus conocimientos no resisten la menor prueba o validación de sus pares (un claro ejemplo es la trunca argumentación que sostiene sobre cometas con un cura en la estancia del tío de Juan Largo). Cuanto más “ropaje simbólico” ostenta este pícaro, más desgarrado su cuerpo deviene con el correr de sus acciones. En consecuencia, su discurso es ambiguo: presenta a los personajes que lo rodean de forma denigrante, pero, sin embargo, recurre a ellos y “cae” al igual que ellos sin querer reconocerlo.⁸ En relación con este tipo de discurso, Vogeley trae a colación el estudio de Homi Bhabha quien escribe que el discurso colonial debe ser considerado ambivalente ya que los signos del lenguaje se utilizan de forma irónica al repetir las normas de poder y conocimiento de manera subvertida. Ello le sirve a Vogeley para sostener que Lizardi habrá visto detrás de los términos de clase europeo el carácter crítico hacia las estructuras y condiciones coloniales (1987: 464 traducción mía). En relación con esta observación, podemos sostener que Lizardi no sólo percibe dicho carácter crítico escondido detrás del lenguaje, sino que también lo utiliza de forma paródica en el discurso de Periquillo para desenmascarar las estructuras de poder. La ambivalencia del discurso se presenta en la renuencia con la cual Periquillo caracteriza a ciertos “amos” unida inextricablemente al ingenuo deseo de una salvación consistente en la permanencia al lado de un “regidor” o letrado. Ambos sentimientos (el de repulsión y el de necesidad de ser salvado) se ven ligados de forma indisoluble y, hasta por momentos, grotesca en su discurso.

Sin embargo, la ambivalencia mayor se presenta a través de la configuración del Periquillo como narrador: frente al maltrato de la *ciudad letrada*, él les responde con la utilización subvertida de la escritura relatando su vida humillada y en decadencia. Así, Periquillo Sarmiento, un letrado deseoso de ingresar al circuito de poder, se inmiscuye en los recintos escriturarios (escuela, estudios jurídicos, etc.) para contar lo que observa de la aplicación subvertida de la palabra “sagrada”. Si no puede ejercer la palabra a través de vías legales, lo hace a través de la apropiación de los signos sagrados producto de la privatización de la escritura. De esta forma, el “letrado pícaro” vence. El trayecto de su cuerpo por esos circuitos deviene una escritura “regenerada” para el lector deseoso de aprender divirtiéndose (siguiendo los preceptos horacianos a los que era tan adepto Pedro Sarmiento). Sobre esta escritura ambivalente del pícaro, Molho sostiene:

De ahí la profunda ambigüedad del picarismo: ambigüedad de pensamiento y también de escritura. Esa ambigüedad consiste en el hecho de que el símbolo picarista —y concretamente la representación que nos propone respecto de la ociosidad— se edifica en una perspectiva que no es la del pícaro, sino más bien la del señor. En otros términos, el picarismo español es un discurso antiseñorial que se enuncia desde un enfoque y mediante un lenguaje claramente señoriales. [...] El grupo dominado se expresa con y a través de un lenguaje aparentemente común, pero que de hecho es el del señor (Molho 1985: 207).

⁶ Un ejemplo claro del letrado “superficial” lo otorga el consejo de Martín Pelayo, amigo de Periquillo.

⁷ La ropa se muestra a lo largo de toda la novela como el símbolo de distinción entre los letrados o la gente de clase alta y la plebe. De forma constante, Pedro Sarmiento hace mención de cómo su ropaje se ve desgarrado con el contacto con la plebe o con aquellos “malos letrados”.

⁸ Al respecto, Mozejko afirma: “A lo largo de su vida como pícaro Periquillo recurre con mucha frecuencia a su carta de presentación: la escritura” (Mozejko 2007: 236).

El discurso del pícaro se une a un accionar desapegado (“estado de no-adherencia a las cosas por la perpetua obligación de disociarse de sí en la táctica de la adquisición” [Molho 219]). El trayecto en el que se ve “enredado” Periquillo lo lleva a buscar comida para subsistir, alimento que consigue empeñando los bienes familiares y toda aquella prenda o dinero que recaude no gracias al azar. Sin embargo, no es plata lo que persigue Periquillo sino la adquisición de prestigio, renombre, dentro del círculo letrado: un puesto que lo habilite a no hacer nada, a dedicarse a ser un “ocioso prestigioso”. A diferencia del pícaro español, el objetivo primordial de Periquillo es el reconocimiento social dado por un puesto de jerarquía social, la adquisición del “nombre letrado”, o si se quiere, la recuperación de su nombre perdido en un claustro académico.⁹

Sin embargo, para poder cumplir con su objetivo debe ingresar al circuito letrado, inmiscuirse en los vericuetos de dicho sistema simbólico de poder. Su ingreso deviene en parodia del poder ya que es reconocido una vez que se transforma en mercancía: los funcionarios lo ven como un “objeto” del cual sacar rédito personal o profesional. Esta lectura “cosificada” posee dos resignificaciones precisas: la primera viene de la mano del episodio del naufragio de Periquillo en una isla en el continente asiático. En este lugar (representado como la utopía del trabajo en comunidad), nuestro protagonista es interpelado sobre sus capacidades. Frente a la revelación de tratarse de un noble, es burlado por el gobernador de la isla que lo ve ya no como una mercancía de valor, sino como un objeto obsoleto, una carga para el Estado. Frente a esta burla, nuestro personaje redobla la apuesta y finge ser “conde”. De un objeto obsoleto pasa a ser una mercadería útil al sistema: una “joya” preciada que debe ser resguardada. De esta manera, vemos cómo el pícaro asume una identidad fraguada lejos de la *ciudad letrada*. Este acto de nominarse, de falsear su imagen, es un acto carnavalesco al que recurre para evadir el trabajo forzado y el contacto con lo terrenal. Otro momento de resignificación del cuerpo del protagonista lo vemos al final de la novela cuando Lizardi convence a la esposa de Pedro Sarmiento de hacer público el relato de vida de éste. De esta forma, se extrapola del recinto familiar y privado el relato de un pícaro reformado para transformarse en ejemplo de moral y de obediencia al sistema de poder. Como un “hijo pródigo” Pedro Sarmiento, regresa a la ciudad y se reconcilia con el sistema colonial al “echar raíces” a través de la conformación de una familia y el desempeño honesto de su trabajo (que análogamente se relaciona con la administración de cultivos). Este accionar encubre, sin embargo, la apropiación comercial realizada por Lizardi que transforma el relato de vida en una novela moralizante. Tras el ejemplo de Pedro Sarmiento se encubre el alter-ego de un letrado que desea sacar un rédito económico y reformar al mismo tiempo el opresivo sistema colonial.

El picaresco no cesa: frente a la regeneración de Periquillo Sarmiento, Lizardi adopta el papel del “lépero letrado” al dar a luz aquellas escenas que deberían permanecer en el recinto privado. Esta configuración narrativa se puede analizar según Danuta Mozejko como las “estrategias de posicionamiento de un letrado formado en la Colonia que busca insertarse en un nuevo modelo de sociedad” (2007: 227). Así, no solamente “el enunciador-personaje se inscribe en el circuito de la economía nacional” (2007: 228), sino que también lo hace el letrado que edita la auto-biografía como una novela por entregas. Así, “el saber y la escritura se convierten en mercancía” (2007: 240).

A su vez, la autobiografía-testamento que hace “circular” Lizardi posee un recorrido análogo al funeral en honor a Pedro Sarmiento: tanto la obra como su lápida habilitan la lectura performativa de los demás, la apropiación del recorrido picaresco del letrado devenido en mercancía, en escritura dinámica y pública.¹⁰ Estos dos objetos (el libro de su vida, la inscripción de su muerte) dialogan desde el marco o prólogo de la obra misma en el que Lizardi

⁹ Es en la escuela primaria donde recibe el apodo de “Periquillo Sarmiento” otorgado por sus pares debido a la enfermedad sufrida y la forma ridícula en la que era vestido por su madre.

¹⁰ Todos los allegados de Pedro Sarmiento son “invitados” a escribirle unas coplas. Se da entonces una profusión de escrituras de estilos y capacidades diversas en las que lo estético deviene un pastiche, un palimpsesto de versos realizados por representantes del pueblo sobre el “cuerpo” del letrado.

afirma que es necesario cambiar de “mecenas”, de destinatario del relato. Esta modificación se relaciona con el deseo de respuestas, de interpelaciones propias de un lector activo y, principalmente, ávido de soluciones frente a los cambios acaecidos en la sociedad que prefiguraban la independencia venidera.

Sin embargo, para lograrlo, Lizardi configura un narrador que posee ciertos rasgos medievales en los tiempos modernos. Pedro Sarmiento se construye como el receptáculo de historias de vida que logra a través de su escucha y su narración “enmendar” fracturas sociales (así vemos de qué forma ayuda a esclarecer las historias de vida de Tadeo y Jacobo luego de la muerte de la hermana del primero de ellos debido a una cruel maniobra de su padre). La narración se ve acompañada de la palabra performativa de Pedro Sarmiento que ayuda a estos hombres y cumple su compromiso de honor. A través de este narrador, se ligan de forma armónica el cuerpo errante y vagabundo con la palabra sanadora, “cultivada” (tanto de la oratoria que nuestro protagonista practica como también del trabajo que el mismo realiza en la novela). La narración deviene así en un legado moralizante para el lector y en un puente entre el pasado colonial transitado (todavía vigente) y el futuro independentista que se acerca de forma inminente e innegable.

Coda: El recorrido de un pícaro como desafío, búsqueda y autoconfiguración de un nuevo modo de ver el sistema de poder colonial

La novela de Lizardi construye una “retórica del andar” (de Certeau 1996: 111) propia de un letrado que asume el papel de pícaro como desafío a la *ciudad letrada* (aunque añore en lo más profundo de su ser adquirir su reconocimiento). Mientras que la misma representa un lugar simbólico que desea absorberlo todo, fagocitar todo accionar humano a través de una lectura quietista y uniforme, Periquillo Sarmiento conforma un recorrido que consiste en “abrir surcos”, colocar la mirada en aquellos lugares que deben permanecer vedados para el ojo popular. Al hacer esto, conforma con sus pasos espacios nuevos en los que se articulan “brechas” o “agujeros negros” en donde se inserta el relato de un hombre ignorado por los demás, vapuleado por sus pares. Esta narración de una vida privada constituye un “recorrido de espacio” (de Certeau 1996: 127) y es, sin lugar a dudas, un relato “delincuente”. Es decir, una suma de fragmentos, de momentos de vida ominosos y grotescos que denuncian a través de una búsqueda una nueva forma de ver y de interpelar a las estructuras del poder colonial a través de la exposición de un hombre que “sale” del hogar, que coloca su cuerpo en movimiento y que se inmiscuye por zonas y recovecos donde el discurso de poder no llega ni contempla. Este tipo de recorrido prefigura, sin lugar a dudas, una respuesta distinta, descentrada y ambigua (pero no por ello totalmente “rebelde”), frente a una sociedad que avista nuevos caminos políticos y culturales distanciados del quietista sistema colonial. Inaugura un espacio ficcional novedoso que encauza las inquietudes del pueblo sobre los pasos a seguir en un período de incertidumbres políticas y distanciamientos culturales. Sin embargo, lo hace de forma tangencial, como un rumor constante que no puede ser acallado ni silenciado por ningún maestro, escribano, boticario ni religioso.

BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, Rolena (diciembre, 1987). “La ciudad letrada y los discursos coloniales”. *Hispanérica*, XVI, 48: 3-24.
- ADORNO, Rolena (1995). “Textos imborrables: Posiciones simultáneas y sucesivas del sujeto colonial” en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 21, N° 41.
- ANDERSON, Benedict (2007) [1983]. *Comunidades imaginadas, reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- BHABHA, Homi K. (2002). “El mimetismo y el hombre. La ambivalencia del discurso colonial”, *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial.
- BAJTIN, Mijail M. (1998). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza Editorial.
- BAJTIN, Mijail M. (1991). *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus.
- CERTEAU, Michel de (1996). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana A.C.
- COLOMBI, Beatriz (2009). “Diálogos de la independencia”, en Noé Jitrik (comp.), *Revelaciones imperfectas. Estudios de la literatura latinoamericana*, Buenos Aires, NJ Editor.
- DABOVE, Juan Pablo (enero-marzo de 1999). “Espejos de la ciudad letrada: El “arrastraderito” y el juego como metáforas políticas en *El Periquillo Sarniento* de Fernández de Lizardi”, *Revista Iberoamericana* LXV/186: 31-48.
- FERNÁNDEZ de Lizardi, Joaquín (1976) [1816]. *El Periquillo Sarniento*, Madrid, Editora Nacional.
- FRANCO, Jean (1975). *Historia de la literatura hispanoamericana*, Barcelona, Ariel.
- FRANCO, Jean (abril-agosto 1983). “La heterogeneidad peligrosa: Escritura y control social en vísperas de la independencia mexicana”, *Hispanérica* 34-35: 3-34.
- GUERRA, François-Xavier, “‘Voces del pueblo’. Redes de comunicación y orígenes de la opinión en el mundo hispánico (1808-1814)” en *Revista de Indias*, vol. LXII, núm. 225: 357-384.
- IMBERT, Enrique Anderson (1954). *Historia de la literatura hispanoamericana-La colonia. Cien años de República*, México D. F., Fondo De Cultura Económica.
- IÑIGO Madrigal, Luis (coordinador) (1987). *Historia de la literatura hispanoamericana, Tomo II, del neoclasicismo al modernismo*, Madrid, Cátedra.
- MOLHO, Maurice (marzo 1985). “El pícaro de nuevo”, *MNL*, Vol. 100, N° 2, Hispanic Issue: 199-222.
- MORAÑA, Mabel (1997). “*El Periquillo Sarniento* y la ciudad letrada” en *Políticas de la escritura en América Latina. De la Colonia a la Modernidad*, Caracas, Excultura.
- MOZEJKO, Danuta Teresa (enero-marzo 2007). “El letrado y su lugar en el proyecto de nación: *El Periquillo Sarniento* de Fernández de Lizardi”, *Revista Iberoamericana* LXXIII, Núm. 218: 227-242.
- PICÓN SALAS, Mariano (1944). *De la conquista a la independencia*, México D. F., Fondo de Cultura Económica.
- RAMA, Ángel (1984). *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte.
- SALOMÓN, Noel (enero-febrero, 1965). “La crítica del sistema colonial de la Nueva España en *El Periquillo Sarniento*”, *Cuadernos Americanos I*: 167-179.
- SOMMER, Doris (2004). *Ficciones fundacionales-Las novelas nacionales de América Latina*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica.
- VOGELEY, Nancy (octubre, 1987). “Defining the “Colonial Reader”: *El Periquillo Sarniento*”, *PMLA*, Vol. 102, N° 5: 784-800.
- VOGELEY, Nancy (octubre, 1987). “The concept of “the people” in *El Periquillo Sarniento*”, *Hispania*, Vol. 70, N° 3: 457-467.